

La ópera prima de Jardines del Rey

La primera instalación turística levantada en los cayos al norte de Cuba, hace 18 años, está por concluir una reparación capital que la relanza como nueva al mercado del ocio

ORTELIO GONZÁLEZ y JUAN ANTONIO BORREGO

MORÓN, Ciego de Ávila.—Denis Boies, un canadiense que ha regresado nueve veces en los últimos tres años al hotel Blau Colonial, de Cayo Coco, justifica su preferencia por la instalación avileña con una frase que, en buena medida, se corresponde con los principios fundacionales de la obra: “Vuelvo porque aquí todo me queda cerca”.

El Blau Colonial no solo fue la primera instalación turística levantada en la cayería norte cubana, sino también una suerte de polígono para probar fuerza en una región que hasta entonces era considerada como virgen por la industria del ocio y donde, a la vuelta de unos pocos años, ya el país ha consolidado dos de sus polos más atractivos (Jardines del Rey y Santa María).

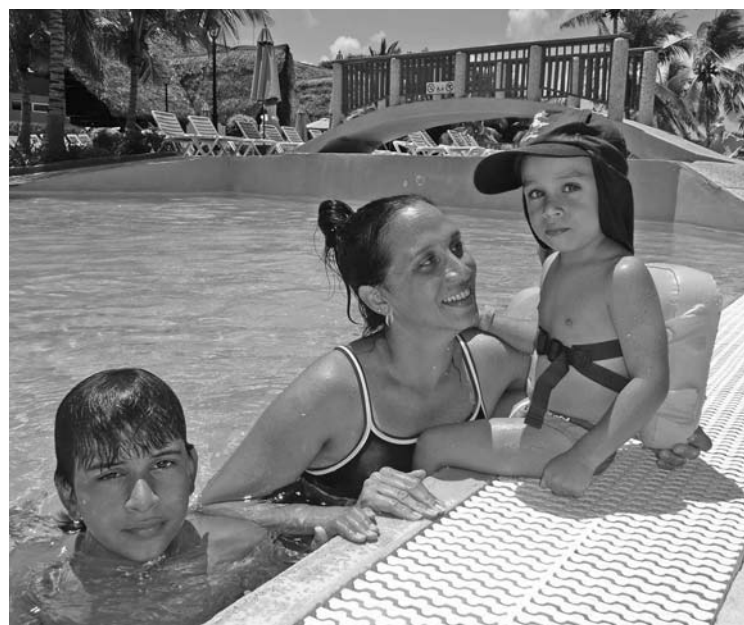
Conocido en un inicio como Guitart Cayo Coco (1993-1995), luego como Tryp Colonial Cayo Coco (1995-2003) y desde entonces hasta la fecha como Blau Colonial, el hotel fue oficialmente inaugurado el 12 de noviembre de 1993 por el Comandante en Jefe Fidel Castro, principal inspirador del desarrollo turístico de la zona.

En todas sus épocas el Blau, como se le conoce en los últimos tiempos, ha funcionado bajo régimen de administración mixta, explica Victoria María Acosta, actual subdirectora general.

UNA CIUDAD COLONIAL EN EL CAYO

Distribuido en unas 11 hectáreas de costa con excelentes playas, el hotel presume de un atractivo especial para el visitante: sus 458 habitaciones —incluidas 24 suites— se integran en 23 bloques, todos con nombres de flores, que imitan una ciudad a la usanza de la colonia, con cuatro plazas cuidadosamente adoquinadas y predominio de maderas preciosas en su diseño.

A ese encanto se suman dos restaurantes tipo bufet, otros cuatro especializados, doce bares, tres piscinas y la conocida discoteca Salsa Café, todo lo cual conforma una infraestructura ideal para el turismo de familia que promocionan sus patrocinadores.



El turismo de familia predomina en el Blau Colonial. FOTO: ORTELIO

Después de casi dos décadas de uso, la instalación ha sido sometida a un profundo proceso de reparación capital que, según la subdirectora general, la devuelve como nueva para la próxima temporada alta, que se iniciará a finales de año.

“Ya prácticamente hemos concluido la remodelación de todas las habitaciones, incluidas las suites y lo más comprometedor que nos viene quedando es la piscina de agua dulce”, confirma Victoria María, una de los 45 fundadores que se mantienen en el hotel.

Canadá, Cuba y Argentina son, por ese orden, los países que más visitantes aportan al Blau. Sus autoridades reconocen el alza creciente del mercado nacional. A pesar de la lejanía de los centros poblacionales en tierra firme, sumó en el primer semestre del 2011 más de 5 000 turistas por día.

De esa cifra dan fe las estadísticas oficiales del MINTUR y también los cocteles que ha tenido que preparar Omar Rodríguez, cantinero del Acuabar Caney, uno de los puntos preferidos por los turistas del patio.

EL BLAU Y SU GENTE

La gente que mueve el Blau Colonial llega a diario desde Ciego de Ávila, Morón, Ciro Redondo y sus alrededores, después de vencer a veces hasta más de 100 kilómetros de distancia entre sus lugares de residencia y la instalación.

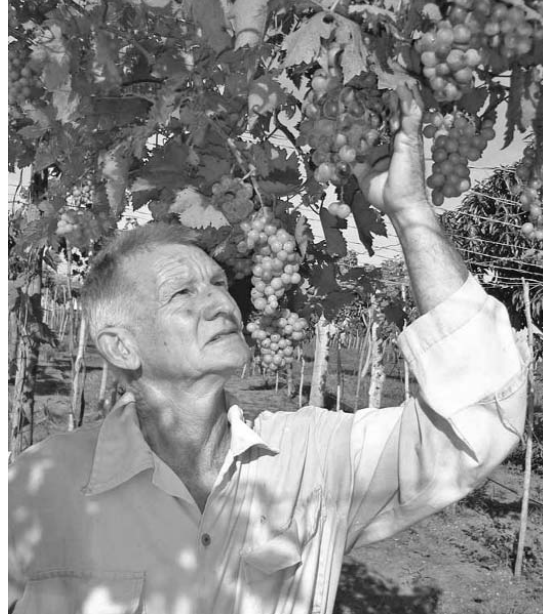
“Tenemos un colectivo muy estable, hoy estamos prestando servicios con 167 trabajadores nada más —explica la subdirectora general—, pero en temporada alta podemos llegar hasta 300, sin deteriorar los indicadores económicos”.

En la preparación del personal ha sido decisivo el papel de la Escuela de Hotelería y Turismo, de Morón, y de la Universidad avileña Máximo Gómez Báez, desde que el boom de la cayería cambiara la rutina en una región que hasta entonces dependía casi únicamente del cultivo de la caña de azúcar.

Gracias a esa transfiguración llegó al cayo hace 18 años Edeivis Martín, la muchacha que preparó a la carrera aquellas tres habitaciones el 12 de noviembre de 1993, sin saber que Fidel Castro en persona estaría en ellas apenas unas horas más tarde.

De una hornada más reciente, Juan Carlos Ramírez, graduado en el 2008 de la Licenciatura en Turismo y actual especialista en Calidad, no disimula sus preferencias por una instalación en la que, según él mismo reconoce, echó raíces desde aquellos días de practicante inexperto en el Blau Colonial, para muchos, la ópera prima de los cayos del norte de Cuba.

Aprovechar al máximo la extensión de la tierra



Una plantación de algo más de una hectárea de uva que ya entra en su primera cosecha, es la última novedad.

FOTO: RONAL SUÁREZ RIVAS

RONAL SUÁREZ RIVAS y RONAL SUÁREZ RAMOS

Sin una sola pulgada por explotar, ocupada con cultivos varios, 36 especies diferentes de frutales y 150 cabezas de ganado, la finca de José Nicolás Casañas, barrida —literalmente— por los huracanes Gustav y Ike hace casi tres años, bien pudiera constituir un paradigma de aprovechamiento de la tierra.

“¿Usted ve aquel poblado? Aquí cayeron los techos de varias de sus viviendas”, dice el campesino mientras apunta con el dedo hacia Fierro, a más de dos kilómetros de distancia.

Y luego, para continuar ofreciendo imágenes de la magnitud de la destrucción, añade que las matas de guayaba que rodeaban su casa fueron arrancadas de cuajo y lanzadas a 500 metros.

Hasta entonces, Casañas sobresalía por la actividad apícola, con entregas de miel que llegaron a superar las 62 toneladas anuales, pero los enormes estragos causados por los huracanes a la vegetación, un elemento indispensable para el trabajo de las abejas, lo obligó a explorar nuevos horizontes.

El resultado: más de 1 000 toneladas de alimentos (20 000 quintales) aportados en el 2010, a partir de las plantaciones de plátano, fruta bomba, piña, frijoles, tomate, maíz y mango. Una cifra que, todo indica hasta ahora, superará este año con la incorporación de una hectárea de uva.

Situada en el municipio de Los Palacios, muy próxima a los límites con la provincia de Artemisa, la finca de Casañas no solo resalta por la magnitud de sus producciones, sino por una eficaz estrategia de intercalamiento, dirigida a fomentar las áreas de frutales sin tener que esperar varios años para sacar provecho de la tierra.

O sea, que miles de posturas de mango, aguacate y mamey crecen entre los sembrados de cultivos varios.

“Muchos campesinos perdieron el interés por el desarrollo de los frutales, porque los resultados demoran en percibirse, pero de esta manera, mientras crece la arboleda, el suelo sigue generando alimentos”, asegura el destacado productor de 68 años, quien considera que la práctica es algo así como asegurar su “chequera de jubilación”, pues sería la manera de continuar obteniendo riquezas de su tierra cuando las condiciones físicas ya no le permitan llevar a cabo las labores que hoy

realiza guataca o machete en mano.

Siguiendo el mismo principio de sacarle el máximo al suelo, en tres caballerías incorporadas en usufructo mediante el Decreto-Ley 259, Casañas ha logrado además desarrollar la ganadería, de la cual ha entregado 90 toros, cebados con un peso promedio de 430 kilogramos, al tiempo que extrae diariamente más de 100 litros de leche.

El secreto: tener plantado dos tercios de la tierra con caña y kinggrass, con el propósito de asegurar la alimentación de los animales.

“Gracias a eso, este año no perdimos ninguno a causa de la intensa sequía”, afirma.

“Hay quienes piden grandes extensiones para luego tener cuatro vacas, porque no se ocupan de la tierra, no siembran pastos y a veces, ni chapean el marabú.”

En contraste, las reses de Casañas se hallan prácticamente estabuladas en un área cubierta, en su inmensa mayoría de forraje. “Así nos aseguramos de que la comida para el ganado no falte, aun cuando haya sequía”, explica el destacado productor, ejemplo de una laboriosa familia que ha seguido sus pasos.

Situada en una zona donde escasea la fuerza de trabajo disponible para el campo, la finca se sustenta fundamentalmente con el esfuerzo familiar: tres hijos con sus respectivas esposas, un hermano, un sobrino y dos nietos. Solo eventualmente contratan algunos obreros.

“Esa es mi mayor satisfacción, porque vivimos en un país cuyo principal recurso es la tierra”, sostiene el destacado campesino, sin rencores con la naturaleza que en el 2008 le jugó una mala pasada.

Por ello advierte con orgullo que “quienes nos visiten hoy no notarán ninguna señal del paso de los huracanes, y si regresan el año próximo, hallarán una finca todavía mejor”.